

**JUAN
GREGORIO
RODRIGUEZ
SANCHEZ***

HACIA UNA VALORACION SEMIOTICA DE LA OBRA LITERARIA

Una obra literaria, como producto de la mente humana, no sólo es un texto cerrado, un receptáculo de un mensaje predeterminado, o una precipitación más o menos consciente de una compleja y heterogénea serie de factores no racionalizados o de carácter mixto. Es un "organismo" que lleva inserta una producción *significante*, continente de una complejidad epistemológica, que, separada de su autor, una vez dada a luz, se comporta y actúa como un embrión. Su desarrollo, desde el punto de vista estético, no sólo depende de sus condiciones estructurales internas y del equilibrio y armonía de sus relaciones intrínsecas, sino también de la irradiación que conjuntamente implica su proyección en una interrelación, igualmente armónica y equilibrada, con el medio al que ha sido dirigida: el lector o los lectores.

No es un producto fetal desgajado y expelido que queda para ser estudiado por las leyes de una mecánica lingüística o de una química semántica, extraídas y formalizadas para determinar su origen, funcionamiento y objetivos. Es una semilla viva cuya vitalidad depende del grado en que pueda ser alimentada por la "crítica" y cuyo crecimiento corre parejo con el avance de las investigaciones a todos los niveles. Estas investigaciones pueden integrarse en una ciencia general de los signos —la *semiología* en el sentido saussuriano—, en la cual el "signo", elemento que además de originar el engendramiento de ese organismo, el proceso germinativo del que puede extraerse la determinación de las leyes que lo rigen, sea también un elemento que engendre una significación pluridimensional o específica en una pluralidad de niveles. El análisis crítico, por consiguiente, no debe limitarse a una mecánica de desmontaje y ensamblaje de la significación, más o menos científica o intuitiva, más o menos intencional o deducida. Debe proyectarse a la apertura, en el seno mismo de la producción poética, de un cuadro, de una escena, que, ligada al proceso que ha determinado esas transformaciones que resultan de la significación, construyan un nuevo organismo de complejidad semejante al primero, que tenga un sentido que, guardando el equilibrio y las relaciones del que lo engendra, *signifique* una toma de posición y una ideología.

El producto poético, ya sea la *totalidad* de la obra de un autor, ya la de una obra específica —novela, drama, poemario, etc.—, ya la totalidad conclusa de un poema, por ejemplo, no puede ser un objeto que se estudie solamente para fabricar un esquematismo lingüístico, un tematismo psicológico, y menos aún un punto de partida para llegar, en una especulación abstracta, a un idealismo o a una "estética" de influjos personales y efluvios espirituales, que sólo satisfagan apetencias o prejuicios individuales. Su estudio debe constituir un complejo proceso que, fundamentado en la lingüística —lingüísticos son los objetos y el proceso de engendramiento de la obra— edifique una ideología que abarque en síntesis los principios de las ciencias y se proyecte al lector o consumidor

como resultado de una dialéctica, cuyo trasunto cuantificado y cualificado como positivo o negativo, sea consecuencia de la síntesis de las contradicciones que aparezcan tanto a nivel de producción como a nivel de consumo.

El poeta, que interiormente participa de los elementos positivos de su razón dialéctica, produce *intencionalmente* una obra acorde con su fundamentación ideológica, pero ésta puede generar *intencionalmente* elementos negativos en la razón dialéctica de la colectividad, contradicción ésta que tendrá que situarse en la oposición "teoría/ praxis", actitud y comportamiento.

El "texto" como materia viva no puede ser estático, sino que debe estar —está— sometido a un constante cambio: podríamos decir que es un laboratorio natural. Los ingredientes que constituyen ese organismo sufren cambios debidos a su propia constitución y organización, y, al entrar en contacto con otros ingredientes del mundo exterior —la crítica, la lectura—, sufren otros cambios y transformaciones que se traducen en una proyección o trascendencia. Esto es, el fluido que circula y vitaliza el texto sufre una transformación al entrar en contacto con lo externo y su función está, por tanto, influida y determinada por el grado de contaminación de esa exterioridad que somete a los elementos del texto a una intensidad de trabajo que puede beneficiar u obstruir el funcionamiento general del sistema.

Así, este "organismo" translingüístico, que tiene como característica el imprimir una nueva distribución al orden de la *lengua*, y que relaciona, en un acto de *habla trasmisor* de información directa, una compleja serie de enunciados *diacrónicos* con un planteamiento *sincrónico*, es, a su vez, un *reproductor* y *productor* de significaciones.

Como reproductor se relaciona, de un lado, con el tesoro de la lengua y con el complejo diacrónico, de otro; aquél debe ser estudiado por la lingüística, éste por la semiótica o semiología. Como productor se relaciona igualmente con los dos campos, y su estudio debe transferirse asimismo a la lingüística y a la semiótica. La síntesis o confluencia de los dos niveles nos daría una concentración que, generalizada, debe traducirse en una formulación ideológica, es decir, en un planteamiento ideológico entre el autor y los lectores.

A medida que han progresado las ciencias de la naturaleza, se ha llegado a la evidencia, aunque no concluyente, de que la materia viva puede reducirse a Química y en consecuencia a Física, y de que las leyes que gobiernan a los organismos vivos, según afirma Bertrand Russell, son casi las mismas que gobiernan la conducta del átomo, es decir, las leyes de la Mecánica cuántica. Si el poder de reproducción de un organismo vivo tiene como característica el engendramiento de otros semejantes, si los organismos vivos no producen formas más sencillas, y si las leyes de la herencia son estadísticas y discretas, la obra literaria en cuanto

embrión ha de dar igualmente productos semejantes a los de su constitución y organización, es decir, productos del pensar resultantes de un obrar y de un sentir. Su estudio debe plantearse al nivel de todas aquellas ciencias que han llegado a implantar una operatividad conducente a una formalización común. El carácter relativo y discreto de esa operatividad y su esquematización en fórmulas pueden plantear la existencia de límites a la legitimidad del proceso, pero, aun cuando sólo fuese aproximadamente válido, ello iría en beneficio del conocimiento científico, y su abandono estaría justificado y sería necesario en consecuencia sólo ante la aparición de la evidencia mencionada, y nunca a nivel de teoría, hipótesis o prejuicio.

Las evidencias surgidas a nivel de ideología acrecientan en el

presente esta postulación. Mientras la realidad histórica y social estén demostrando experimentalmente el aflorar de contradicciones, la mecánica dialéctica, o mejor dicho, las leyes de su lógica, deben ser el norte que oriente las investigaciones.

En cualquier obra literaria, como producto terminado, se pueden cuando menos "leer", sintetizados, rasgos de una diversidad de enunciados. El "enunciado" no es sólo un secuencia delimitada, estática, desmontable únicamente a nivel lingüístico, de elementos constitutivos —palabras, frases, oraciones y secuencias de oraciones—, sino un sistema, una "operación" dinámica en la que deben desentrañarse no sólo la constitución y la organización de los elementos que lo constituyen, sino también la *función* que los mantiene como microestructuras que se organizan y funcionan en una estructura global.

El objetivo, pues, del análisis de la obra literaria tendría de partida dos vertientes: a) desmontar la organización lingüística en sus distintos niveles: sintáctico, semántico y simbólico, sincrónica y diacrónicamente; b) entresacar los niveles translingüísticos, a través de la intertextualidad, estableciendo la función de tales niveles en equilibrio entre sí y relacionados con la organización del sistema comunicativo.

Una vez descompuesta la obra en estos dos tipos de análisis, que no están separados, la segunda parte debe consistir en la construcción de una organización en la que la ideología extraída funcione como un aparato que explique y desarrolle no sólo el sistema global del texto, sino también su funcionamiento en el lector. En todo proceso de comunicación es inoperante prescindir del receptor del mensaje; por eso la *productividad* de la obra tiene que estar en función de aquellos elementos que contribuyan al *crecimiento positivo* de los lectores.

El "valor" de la obra literaria no puede ser concebido en lo *estético* a nivel de producto terminado, lo que viene llamándose "literalidad", sino en la conjugación de esa literalidad y de la productividad textual a nivel de consumidor, y de la relación entre ambos aspectos.

La vía diléctica del conocimiento de la *verdad* va de una contemplación viva del objeto, de la realidad, que debe generalizarse en un proceso de abstracción para pasar inmediatamente a la práctica. Esa contemplación para traducirse en concepto requiere de la intervención de elementos sensoriales y afectivos que establezcan la conexión, el vínculo necesario con las sensaciones para que el concepto adquiera un sentido. Como ese vínculo no puede ser logrado sino a través de la intuición, cuya naturaleza no es lógica en sí, la "verdad" científica dependerá de la mayor seguridad, a través de las leyes de una lógica dialéctica, con que puedan establecerse esas relaciones, el desentrañamiento de esa conexión. El valor "verdad" de la crítica vendrá determinado por las reservas de verdad que contenga el sistema que la incluye.